

---

## Las estrellas miran hacia abajo

Es tarde, ¿verdad? La hora en la que deberías buscar la parte trasera de un muro, una trampilla metálica, un sótano; y meterte ahí abajo, tan profundo que te cueste salir. Pero tú no lo haces. Tú precisamente no. Por eso, coges aire, dos o tres bocanadas hondas. Abres la puerta de la clase —ya has empezado a temblar— y justo ahora, en completo silencio, llevas a los niños hacia la salida.

Cruzáis el puente en mitad del pueblo.

Agitas dos veces tu campana hecha de bronce; y ellos te siguen.

Por un momento, estás tranquilo.

Nadie hace cantar al metal mejor que tú.

Muchos se paran a mitad de la pasarela y miran el cauce del río que atraviesa el lugar donde vivís. Está seco desde hace semanas y arrastra con él un olor pestilente, como el de la basura recocida en los hornos. Uno de tus alumnos más mayores se ha encaramado a la barandilla despintada. Quiere arrojarle una piedra a un lobo que acaba de descubrir ahí abajo. El lobo está escarbando la tierra. Levanta la

cabeza y os ve, y los niños lo ven a él. Tú apartas la vista. Por un instante, piensas en lo que pasaría si tu autoridad se deshiciera en el polvo y estos niños, tus niños, se descolgaran trepando de las traviesas del puente y corrieran hacia el animal. Aunque en la escuela has prohibido los cuchillos, qué pasaría, te interrogas, te preguntas tantas veces, si le abrieran las tripas al lobo (además, sabes muy bien que lo harían con lo que tuvieran a mano). Quizás esas vísceras también serían negras. ¿Y ellos? ¿De qué color es ahora lo que tienen estos niños debajo de la piel? La pregunta importante es la segunda. Tú bien lo sabes. Los niños sin padres, los niños con padres muertos, con la palabra mamá y la palabra papá tachadas para siempre, pueden hacer lo que más deseen.

El crío sopesa la piedra y se crece delante de sus amigos.

—Eh, a que le abro el cráneo.

—No, vamos, vamos, Simón —insistes—. La violencia no es la solución a los conflictos.

—Pero si está todo hecho una mierda —dice él, y señala las ruinas que tenéis delante.

Después guiña la mirada y calcula cuánta fuerza tendrá que usar para que la piedra le dé al lobo entre los ojos. Allí abajo, el animal chupetea y mordisquea unos huesos. Huesos de padre. Huesos de adulto. Pero tú no miras, al menos, no más que un pestañeo. Le pones la mano en el hombro a Simón. Le hablas de las causas, de las consecuencias. Le recuerdas cariñosamente la sutil importancia de ciertas decisiones en la vida.

—¿Recuerdas lo que decía Mahatma Gandhi, ese señor pacifista del que hablamos en clase?

—No, no me acuerdo, profesor —dice Simón, mientras señala al lobo y se ríe—. Tengo más hambre que él. ¿No oye cómo me rugen los intestinos?

Y tú resoplas, forcejeas con él y le quitas la piedra de las manos. La dejas bien colocada donde estaba. Eres un hombre paciente. Y después, a todos les dices, con la voz encharcada de los velatorios; con esa misma voz que se usa —o se usó alguna vez— en las fiestas de cumpleaños con payasos y tarta.

—Muchachos, no os separéis, hacedme caso.

Son tus niños, tus alumnos, tus criaturas más dotadas. Lo entenderán. Si tú se lo dices, lo entenderán.

Por fin cruzáis a las afueras, y otra vez agitas la campana para atarlos a todos y mantenerlos unidos. El instrumento refulge bajo el sol. Tiene un color muy parecido al de sus cabezas. De cuando en cuando, los miras, cómo buscan tu mano, la mano esquelética que hace sonar el bronce. Un tintineo largo, hermoso, asesino.

—Tenemos que seguir.

Las casas de piedra se han derrumbado y lucen agujeros y humedades enormes, del tamaño de mapas del tesoro. Ahora oyes —y tus niños también— a los animales que infestan el interior y corretean por las cocinas y los garajes. Están cada vez más nerviosos. Se mueren de ganas de olfatearos. Entonces alguien te pone una mano en la cintura, y te sobresaltas.

—¿Es *Canis Lupus*, profesor? —dice tu preferida, la pequeña Mercedes.

—Sí, muy bien.

La descubres temblando, con las manos muy juntas contra el pecho. Haces lo mismo que hiciste esos primeros días. Le pones tus dedos templados en la nuca, como si sujetaras el hilo de su terror.

—Profesor, ¿les puedo dar la mitad de mi bocadillo?

—No, Mercedes. No sabemos si han comido.

Un cráter enorme con la forma de un párpado cerrado bloquea la salida principal del pueblo, así que, aún ordena-

dos, en formación, comandas el grupo por la parte trasera de la casa. Os dirigís al campo de centeno. Sigues andando. Les metes prisa, de hecho, los empujas. Con el oscilar de tus brazos para disponer el orden, la escopeta golpea en los huesos de tu espalda.

Por un momento, estás tranquilo.

La campana suena una vez, y otra.

El camino ha sido esculpido en tu cabeza con claridad.

Los miras. Incluida Mercedes, son todos rubios, un grupo extrañamente compacto. Las cabezas refulgen bajo el sol blanco y atraen los reflejos de la luz. Los niños morenos han muerto todos, aún deben de seguir acostados en las camas con la colcha hasta la nariz; y tú procuras, a cada día que pasa, grabar en la campana el nombre de los que ya no volverán. Tienes un buril, pero ya está muy gastado. ¿Quién ha seleccionado con su mano y con su guante quién de ellos moría y quién se quedaba aquí? Te haces preguntas. Por primera vez en tu vida, te haces otras preguntas.

Algunos te miran, una vez más. Los que todavía son solo niños.

—Profesor...

—No es una excursión —les mientes—. Es una clase. Una clase de astronomía. Vamos a cantar, que todavía queda un poco para que lleguemos.

Pero las palabras se te atascan en la garganta en cuanto empiezas el estribillo. Ellos se lo saben mucho mejor que tú.

Te tiembla la voz.

Y te inventas la mitad de la letra.

Con un nuevo tintineo de la campana, los niños abren las mochilas y sacan sus bocadillos. Son solo dos rebanadas de pan. El centro está vacío. No había mucho más en las cocinas del colegio. Les ordenas que no se separen de la fila. Avanzad, vamos, no os deis la vuelta. A vuestro alrededor,

el viento agita las espigas doradas de centeno, empujándoos hacia la línea torcida de paisaje que ahora divisáis a poco más de un kilómetro. De pronto lo recitas para ti, como si fueras a presentarte a un examen para el que has estudiado: las espigas, las espigas se mueven en un solo sentido. Sí, dirigen a los niños hacia allí, hacia la línea negra del horizonte. A ti te arrastran fuera. Hasta tu pelo es distinto. Porque tú eres moreno. O eras moreno. Ahora tienes el pelo blanco.

—En una fila, todos —les dices; aún confías en ti—. Y ahora ponedle la mano en el hombro al que tenéis delante.

Algunos, es verdad, obedecen casi enseguida. Ésos son los que tiemblan, y cada vez hay menos que tiemblan, que miran los sucesos como realmente son. Otros niegan una vez más tu autoridad y se dan pequeños mordiscos en la ropa. Y aún los que quedan, los más feroces, intentan introducirle la lengua por la oreja a las niñas del centro de la fila. Algo deben de tener en la cabeza, un pensamiento muy distinto a los de un niño con la ropa manchada de hierba y de flores. Eso ha trepado y correteado por encima de tus enseñanzas. Se ha quedado ahí.

—Aparear —chillan—. Yo me apareo. Él se aparee. Nosotros nos apareamos.

No puedes culparles. Conjugan tal y como tú les has enseñado tantas veces. Te sientes débil por tu tristeza y tu voz, que ya no te sirve, que ya no les sirve para nada, que ni es capaz de posarse dentro de sus ojos. Te sientes todavía más débil al pensar en lo que va a venir. Tendrían que seguir siendo niños hasta que esta situación complicada tornara a su límite y la sensatez se impusiera. Eres su profesor, su padre, su pastor de las ciencias y los saberes. En realidad, todo esto tiene los ojos de una gran mentira, porque ya llevas semanas flaqueando cuando estás a solas. ¿Qué tengo

que hacer?, te preguntas por las noches con la puerta de tu cuarto atrancada. ¿De qué me encargo? Son tu responsabilidad, como si la única responsabilidad que te sostiene cupiera, gomosa y delicada, en tu mano de hombre con chaqueta y pantalón de director de colegio.

Ahora os detenéis en mitad del campo silencioso y sus crujidos.

Ahí está. Habéis encontrado la primera sima.

Ella os mira, y vosotros la miráis.

Es bastante profunda y cruza el campo de centeno con un diseño caprichoso. Prolongadamente, se va volviendo recta, y se ensancha cada vez más. De las paredes van cayendo puñados de tierra roja. Te parece que a ratos hace el sonido húmedo de un animal, una cerda en el parto. Ahora te paras. Quieres hablar con ellos y usar la voz que se usa, que se usaba cuando... Qué voz podría ser ésa. Ya no lo sabes. Hace solo unos pocos días, hablar te servía de algo, en ese conocimiento anidaba un propósito. Además, siempre has dibujado bien. Explicabas con la tiza los animales herbívoros y ahora, ya en el futuro, te parece que te va a tocar explicar los animales carnívoros. Estos niños podían recitar la lección en un pestañeo. Eso te repites: que todavía pueden.

Tú miras la grieta.

La miras, una vez más.

Súbitamente, descubres en ella un dibujo preciso, el contorno de una figura que reconoces; y eso te sirve para repasar la parte final del libro, la que tiene las hojas de color azul donde están ordenados los nombres de las capitales, los afluentes, los ríos, los países. Les preguntas en voz alta qué forma tiene la grieta profunda, y tu pregunta es respondida. Qué suerte tienes. Un paralelepípedo, dice uno. No le corriges, para qué. Por lo menos lo ha intentado. Mercedes levanta la mano con la cabeza baja, casi sin atreverse.

—Es como Rusia, profesor.

—¿Capital?

—Moscú, profesor.

Y te alegras, sinceramente, te alegras tanto. Estás a punto de llorar y abrazarla. Eso te distrae. No te das cuenta de lo que pasa, hasta que pasa. Simón sale de la fila en silencio, se agacha ante la grieta y mete la mano hacia el fondo. Piensas que es como si rezara.

—Simón, que te he dicho que no metas la mano ahí —adviertes—. Sácala.

Los niños, tus niños, cuchichean y se desagrupan. Pocos segundos después, Simón te obedece. Saca la mano de la grieta. Os enseña las uñas, que han crecido y ahora son gruesas y curvadas.

—Mirad qué chulo, qué pasada.

Intentas hacer sonar la campana para atarlos. Los empujas y agrupas una vez más. Los niños ríen y aturden el propio sonido que hace tu mano cuando la posas en sus hombros. Con el oscilar de tus brazos para disponer el orden, otra vez, la escopeta te golpea en la espalda. Miras un instante ahí abajo, y luego más abajo. Buscas las profundidades. Terrones enteros se desprenden y rebotan contra el fondo. Te parece que escuchas, trepando hacia ti, el ruido de una cocina atestada de gente y el borboteo de las ollas. Pero la fila de niños serpentea tal y como lo hace la grieta. Están nerviosos con el asunto de Simón. Hace un minuto la fila era recta. Ahora se dobla y se retuerce en una espiral, con el peso crujiente de la masa: quince niños rubios, rubios como el tiempo, contra un profesor. Varios se alejan de ti y se asoman a la sima y meten la mano todo lo que pueden. Puedes oír cómo les crecen las uñas. Imposible pararlo. Ni siquiera tú serías capaz de pararlo.

Simón se pavonea delante de Mercedes y le araña el hombro con esas cosas vivas que le han crecido. Ella le aparta de un empujón.

—Profesor..., me está molestando —murmura débilmente.

Entonces ves que le ha sacado la lengua a Simón, y que es negra; y rezas un salmo muy antiguo, aunque no quieres hacerlo; y te dices —es casi una certeza— que dentro de muy poco dejará de ser Mercedes.

—Tú y yo vamos a ser novios cuando éste... —asegura Simón.

Los dos niños te miran. Sabes que se refiere a ti.

Empujas a todos una vez más. Seguíis caminando bajo este sol moribundo, el de las últimas horas de la tarde. Las espigas se agitan hacia delante hasta que hay un punto en que se terminan. Todo lo que queda ante vosotros es tierra quemada. Te dices, te prometes que, pese a todo, los niños volverán mañana a clase como llevan haciendo durante días. Lo harán con obstinación. Entrarán en silencio, dejarán la mochila sobre el pupitre e irán abriendo el libro de biología, como si todo o casi todo —los padres, los víveres, las paredes del pueblo— ya se hubiera terminado, pero aún quedara una sola cosa por repetir, la que serviría para sosteneros un día más.

Hacer algunas preguntas.

Escucharte.

Mirar el resplandor de la tiza al dibujar lo que ya no responde a su nombre.

Una hora después, habéis conseguido atravesar más simas sin fondo. Te masajeas la garganta y los brazos. Estás sudando mucho, como si volvieras a salir entre las piernas de tu madre. El esfuerzo te parte en dos. Levantas la cabeza, miras la fila, cada cabeza rubia, y haces recuento. Habéis llegado por fin hasta el final.

—¿Dónde están Alexandra y Pablo Nicolás?

—Se han caído por una grieta —anuncian algunos niños de la parte de atrás, y te sonríen.

Te cubres la cara con las manos, con el peso de todo el orden quebrado que has intentado reparar.

Te hundes del todo.

Te hundes y, es verdad, casi no te levantas.

Lo que ves ante ti es un borde, un borde inmenso que recorta el mundo; y más allá, otra sima, pero una, por desgracia, mucho más profunda que las anteriores. Al otro lado no veis nada. Se han terminado las plantas y los árboles, la hierba seca, incluso la tierra firme. Hacerse otras preguntas sería estúpido. Esto parece ser lo único que queda.

El cielo ya ha cambiado al color rojo. El color de los terneros sacrificados, te dices al momento. Recuerdas que una vez les explicaste que, si uno acude a una cena en un restaurante, no debe ser el primero en hablar. Este cielo y este vacío, por ejemplo. Hay que dejarlos hacer. Mientras esperas a que vuestros anfitriones se pronuncien y os den la bienvenida, peinas a los que se han despeinado por el camino, cierras las mochilas abiertas, los miras de reojo por si algún detalle fallara. Ahora tocas la campana de bronce por última vez. Todos los niños te miran. Quieres cortarles las uñas —se han curvado más, ellas también miran—, pero sabes que tardarías demasiado.

Esperáis, todos juntos, a que la oscuridad roja os pase revista.

Pequeñas vetas transparentes van propagándose en el muro de vapor y cambian ante vuestros ojos. Es como si, más allá de las nubes luminosas, hubiera comenzado un fuego lento y antiguo y a todos, sin mediar palabra alguna, se os hubiera olvidado hace cuánto que arde y crece.

Simón mueve la mano para captar tu atención. Miras hacia donde te señala.

—Se ha enfadado con usted alguien importante, ¿eh, profesor? Se va usted a cagar cuando se entere.

Tú no le haces caso. No quieres hacerle caso.

Eso de ahí seguiría creciendo y ardiendo sin vosotros, estás seguro. Sin ti, quizás. Sin los niños. Son las horas en las que ya no tenéis papel, ya no sois vosotros quienes encendéis los fuegos, ya no se os necesita.

—¿Os acordáis del día que hablamos de las Perseidas? ¿Alguien podría decirme dónde están?

Señalas algún punto —ni tú mismo estás seguro de cuál— en el muro opaco de vapor.

—Las estrellas han desaparecido, profesor —dice Simón—. Y las constelaciones. ¿No se da cuenta? Esto es otra cosa.

Asientes.

—Tienes razón, Simón. Esto es otra cosa.

Te mueves hacia él y le peinas un mechón caído, y con el movimiento de tus brazos, la escopeta golpea en los huesos de tu espalda por última vez. Te la descuelgas del hombro, compruebas que está cargada y le disparas en las piernas. Los niños no dicen mucho. Murmuran, ordenados. Simón, en cambio, chilla algo que parece tu nombre. Lo levantas con esfuerzo del tobillo libre, lo balanceas de izquierda a derecha y lo tiras a la sima profunda.

Escucháis, todos juntos, a los anfitriones. El ruido minucioso al masticar. Simón les da mucho trabajo.

Te serenas y coges aire. También te peinas. Vuelves a señalar al muro de vapor. Con la otra, haces sonar tu instrumento. Dos golpes dorados. Todos los niños, menos uno, te miran. Mercedes te ha cogido de la mano.

—Vamos a ver, ¿quién puede decirme cuántos estómagos tienen los animales herbívoros?

Hablas con ellos y, esta vez, tu voz es la que usas cuando repasáis la lección.